

Devenir otro con otro (s)
Ajenidad, presencia, interferencia
Isidoro Berenstein
Editorial Paidós, Psicología
Profunda, 2004, 228 páginas

Este libro podría jalonarse con una serie de términos clave, la mayoría de ellos introducidos por Berenstein en nuestro medio. Uno de ellos, que aparece de entrada, es “entre-dos”. *Entre-dos* cumple dos funciones, una, conocida y clásica para los analistas, es con base en la representación y evoca las ausencias y la poderosa *transferencia* desde el pasado infantil a la persona y la situación analítica; la otra está marcada por las marcas que produce la relación de las *presencias* de analista y paciente.

Desde ahí hay que evaluar la crítica de Berenstein al solipsismo que implica un seguimiento ciego a la primera concepción: “el otro y el sujeto que se llama a sí mismo ‘yo’ se determinan entre sí y desde lo que sucede en ambos.” No desde el Uno. No desde lo que uno piensa del otro.

Berenstein es un convencido—lo digo por deducción de su lectura y no porque él lo explicita así—de que las prácticas determinan sus resultados y las subjetividades de quienes se ven involucrados en ellas. Por ello hay que valorar su afirmación acerca de que “la creación innovadora de Freud ... fue la sesión psicoanalítica individual”. Si

esto es así, la subjetividad creada por ese psicoanálisis ofrece la posibilidad de favorecer al solipsismo. Y la renovación que él propone bien podría articularse con la que se ha venido dando en la variación de las prácticas de nuestro quehacer: el psicoanálisis de niños, la presencia de los padres en el mismo, la sesión de parejas conyugales, la sesión familiar... Desde ahí, y siguiendo a Pichón, Berenstein llama “Vínculo” a una situación inconsciente que liga a sujetos determinándolos en base a una relación de presencia (opuesta en cierto modo a una relación de ausencia) y que, lógicamente genera diferentes subjetividades.

Otro término que aparece—y por qué no, se impone— en el libro de entrada es el de *imposición*. Término que conviene evaluar en paralelo con el de identificación: en este último se impone el “deseo que seas como yo” y el “deseo ser como tú”, de parte de—por ejemplo— un niño y sus padres. En el novedoso concepto de *imposición* no interviene deseo alguno: el precepto aquí sería “Eres sujeto de esta relación porque perteneces a ella; debes pertenecer a este vínculo”. Además la imposición no afecta sólo a los “débiles” del vínculo —o sea, no es que los poderosos imponen a los débiles, por ejemplo los padres a los niños o los reyes a sus súbditos—, afecta a todos los que pertenecen a un vínculo. El vínculo impone a todos y a cada uno de los sujetos del vínculo,

lo deseen o no, una subjetividad vincular.

Es aquí donde se impone el concepto de ajenidad –ya presentado por Berenstein en otros escritos, pero renovado aquí. Es aquello del otro que no se puede homologar ni en lo semejante ni en lo diferente y es inherente a la presencia del otro. Compone una situación a ser pensada desde el Dos, pensamiento que requiere, entre otros, al concepto de imposición. Pero Berenstein ve en el enfrentamiento con la ajenidad una salida si se quiere optimista: esta herida impone un trabajo y forja un lugar con marcas para albergarla. Aunque, eso es claro, es un lugar de límites y de existencia no muy precisos.

Berenstein propone tres tipos de juicios con respecto al objeto y en relación al par presencia-ausencia. El juicio de *existencia* (que no ha de confundirse con el oximorón *presencia interior*), el juicio de *atribución* (que se opone al de presencia) y el juicio de presencia que atañe exclusivamente a lo ajeno, fuente de dolor pero también capaz de generar novedades en un vínculo. Desde este marco, Berenstein presenta otra resistencia diferente de las clásicas consideradas en psicoanálisis, *la resistencia a la vincularidad* que es resistencia a dar lugar a la presencia que, naturalmente, remite a la ajenidad del otro. Su rechazo no es al retorno de un pasado reprimido, es rechazo a una nueva inscripción

del otro, distinto a cualquier representación previa y por lo tanto alterador de las mismas.

Los psicoanalistas, dice con razón el autor, tenemos una ventaja que es, a su vez, una importante contra: estamos acostumbrados a escuchar producciones individuales en una comunicación unidireccional, del paciente-objeto-de-conocimiento al analista-sujeto-del-conocimiento. De ahí la enorme cantidad de términos que en nuestra jerga empiezan con la partícula “re”. Pero la misma presentación tiene el sentido de implicar un juicio acerca de que algo pueda existir sin registro de la memoria, sin re-presentación, sin re-cuerdo.

El sujeto habita para Berenstein producido por diferentes “mundos”: el interno, el de los otros, de la familia, y los otros de lo social; pero, a la vez es en el sujeto donde esos mundos se superponen o se disocian. Es en esa enrucijada que se presenta con fuerza el rico concepto de *im-posición*, la imposición de un lugar nuevo que no rara vez aumenta los efectos de la ajenidad y las acciones que debería realizar un sujeto para darles un lugar. Es por ello que el autor advierte sobre lo peligroso que resultaría interpretar los efectos de una imposición como resultado de un retorno de lo reprimido, condición a la que los analistas estamos tan acostumbrados.

Habría que reformular la idealizada fórmula de “entender al otro”

para llevarse bien, para amarse. Detrás de esa consigna suele esconderse el deseo de coincidencia y de franco rechazo a la ajenidad. Ajenidad que es ineludible y que resulta ser (si logra configurar marcas) motor crucial de lo vincular.

Es que ante una presentación de lo ajeno, al sujeto se le abren dos caminos: a) incorporarla en base a representaciones y devenir así otra representación, o b) tratar la presentación de la presencia del otro sin representarla. Es este un punto altamente complejo pues la presentación de lo inaccesible sería en realidad el motor del vínculo. Pero también podría (y puede) pensarse que una aspiración corriente en una pareja es la de lograr que transcurra en el clásico “ni un sí ni un no”. Esa relación, desde el punto de vista vincular, estaría poco menos que muerta, condenada a no ser en absoluto creativa. Lo inicial de un vínculo es el Dos, la diferencia radical, aún cuando sus integrantes suelen preferir pensarlo como la suma de dos Unos. ¿Cómo modificarse los integrantes de un vínculo en un tratamiento vincular sin diluir esa diferencia esencial? Esa bien puede ser la meta y el desafío que propone el autor. “La presencia del otro—dice Berenstein en una frase no del todo clara—se ofrece como ajena y por lo tanto deberá luego inscribirla y cubrirla con la representación de palabra, para descubrir nuevamente que sigue siendo ajena” (p. 60). Para mí,

la oscuridad de la frase a la que aludí recién se debe en parte a que esa zona rodea lo imposible del vínculo alrededor de la ajenidad: ésta debe dejar alguna marca, inscribirse de algún modo aun cuando ni esa marca ni esa inscripción agotan su carácter de ajenidad.

Toda vinculación, incluso la psicoanalítica, puede ser asimétrica pero eso no significa que se basa en la “transferencia” de un sujeto afectado (desde sus imagos infantiles en este caso) a otro sujeto que, aunque responda con su “contratransferencia” no hace sino responder al origen transferencial del sujeto primero. Si así se entiende el vínculo —afirma Berenstein— sólo se entiende la mitad. El insiste en que junto con la *transferencia* yace la *interferencia*, o sea un encuentro entre ajenidades que como tal afecta a ambos miembros del vínculo y no desde uno al otro. Y lo mismo pasa entre la madre y su bebé, por lo cual las teorías basadas en el desamparo infantil son inteligentemente cuestionadas por Berenstein.

Cada vez que algo instituye, funda. Y esa institución es crucial a la hora de constituir vincularidades, genera lo que Berenstein llama “márgenes o bordes del sujeto”, y acerca de ello el autor diferencia la violencia primaria de la secundaria de Aulagnier: “la violencia secundaria opera contra el Yo... en tanto que la primera violencia hace al Yo... en otras palabras, la primaria

instituye y la secundaria destituye”.

En la subjetividad interviene lo representable y lo irrepresentable y también lo que se inscribe que no tenía inscripción previa. Lo nuevo. O sea que, así como las nuevas teorías del origen del universo afirman que hay múltiples y no un origen de lo que es, hay para Berenstein múltiples y no un origen del sujeto. El trabajo con lo irrepresentable consiste en maniobrar con una paradoja, pues implica de algún modo la representación de lo que es por definición ajeno. Pero esa paradoja atraviesa lo esencial —si lo hubiera— del sujeto: presentación implica un cierto exceso, con algo que no puede ser significado, pero ese exceso no debería hacernos equivaler presentación a trauma. La presentación puede ser simplemente de lo nuevo, de lo sin antecedente, de lo singular como apertura a nuevos caminos, de un acontecimiento.

Afirma Berenstein que las ideas de Yo, self, sujeto, relación de y con el objeto, resultan inconsistentes porque no dan cuenta del hecho de que el vínculo del sujeto con el otro altera a ambos. En ese sentido la idea de *otro* que propugna Berenstein excede la de prójimo: incluye la ajenidad. Esto exige una aclaración acerca de la idea de *encuentro*, puede pensarse como una coincidencia entre complementariedades, lo que se suele denominar “almas gemelas”. Pero también como una diferencia inicial a partir de la cual se

genera la inclusión acontecimental de un Dos.

El humano tan habituado en reconocer semejanzas se espanta ante lo ajeno, que registra como hostil. Es la idea que envuelve al tema del extranjero y la consabida intención de suprimirlo o, cuanto menos, apartarlo como a un potencial enemigo, enemigo de la mismidad. Esta es la lucha que San Pablo le planteó a la Iglesia de San Pedro: incluir a los no circuncidados, los diferentes en lo que él llamaba “el amor de Dios”.

En el capítulo 6 del libro, Berenstein toma nueva y renovadamente el tema de los tres espacios —mundo vincular, mundo sociocultural y mundo interno— que son diferentes y se reúnen en el sujeto que, a su vez, es producido por ellos. En realidad cada uno de los “mundos” produce un inconsciente, y entre ellos se genera la paradoja que marca al sujeto produciendo un trabajo: la de representarse lo ajeno del otro. Representación que inevitablemente culmina en la convicción de que el otro contiene siempre algo no representable, inabarcable. Esto también da sentido a la frase anteriormente citada de la página 60. Pero frente a ese trabajo surge irremediamente un obstáculo: la tendencia del humano es que el registro de la presencia remita a lo ya inscripto, a lo “re” (reconocer, repensar, representar, repetir) o sea, volver a lo ya pensado que es menos inquietante.

En base a sus elucubraciones, Berenstein describe tres interesantes modos de concebir la relación madre-bebé. El primero relacionado con lo biológico y lo instintivo. La madre satisface necesidades ante todo corporales. El niño, a su vez aumenta su dependencia, lo cual satisface (y puede llenar de hostilidad encubierta) a su madre. El hijo es querido por necesitar lo que la madre instintivamente puede aportar. El segundo es claramente inscripto en la estructura de parentesco: hay lugares para cada uno. El hijo es querido por ocupar el lugar de hijo más que por ser un sujeto. En cada familia se dan diferencias pero no cambia la estructura. En el tercer modelo –digamos que ideal– de relación descrito por Berenstein, tanto padres como hijos aceptan que se hacen como tales en el vínculo tolerando la ansiedad que lo indeterminado provoca. Es la situación familiar la que determina la modalidad con la que cada quien se hace sujeto. Se acepta –por ejemplo– ser padres de un modo diferente a los propios padres.

En el capítulo 7 Berenstein toma el tema de la educación ligada a la formación integral de cada quien como sujeto con profundos efectos sobre el inconsciente. El autor se cuida de diferenciar educación de “enseñanza” (la transmisión y aprendizaje de conocimientos). Estos dos planteos (educación y enseñanza) no están siempre diferenciados y

Berenstein se preocupa por la tendencia a que la enseñanza se ocupe ante todo de establecer lo establecido y no a reconocer o inscribir diferencias. “Debemos admitir –dice en la página 184– que nuestra educación general no nos ayuda a reconocer, aceptar y vincularnos con la ajenidad de los otros, como sí lo hace con la semejanza y la diferencia”. La alternativa que propone Berenstein con respecto a la educación de los psicoanalistas es tajante: “Educación para el solipsismo o para la relación con el otro”.

Finalmente el autor introduce el interesantísimo tema de la *interferencia*, tema que para que cobre la importancia debida habría que contraponer al de transferencia. Recordemos que el tema de la transferencia fue primero entendido por Freud como un obstáculo al recuerdo, y luego como un aliado irremplazable del análisis. Algo en algún sentido similar propone el autor con *interferencia*. Eso que interfiere con el curso natural de un análisis como obstáculos en la vida personal de los integrantes, como incursiones de la realidad social o, incluso invasiones de la misma y que pueden afectar al analista o al analizando, pueden no necesariamente obstaculizar sino dinamizar el proceso de análisis. También pueden no ser complementos de la transferencia, pueden tener un efecto de exceso y no de falta, pueden descompletar –o suplementar– lo desplegado en la trans-

ferencia e introducir un trabajo a realizar. “En la sesión –dice el autor– hay transferencia en tanto transcurso en su interioridad, e interferencia como lo producido por el trabajo hecho por el paciente y el analista en tanto presencias subjetivas ajenas, que habitan como exte-

rioridad a la transferencia en el interior de la sesión”. Esos hechos, cuando se presentan requieren, al menos por un tiempo, no convertirlos en nuevas versiones de lo anterior, mantenerlos más bien a la espera de un nuevo e incierto destino.

Julio Moreno